

R 21 cm5

12-73.733

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

ANT  
XIX  
1782/12

# SERMON

QUE

EN LA SOLEMNE FIESTA DE ROGATIVAS

POR EL TRIUNFO DE NUESTRAS ARMAS

CELEBRADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÓRDOBA POR SU ILUSTRÍSIMO CABILDO EL DÍA QUINCE DEL PRESENTE MES DE DICIEMBRE, CON ASISTENCIA DEL ESCELENTÍSIMO É ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE LA DIÓCESIS, ESCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO, SEÑOR GOBERNADOR DE LA PROVINCIA, AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES,

**PREDICÓ**

el Licenciado

**D. BONIFACIO DE LIEBANA Y SERRANO,**

Canónigo Magistral de la misma Santa Iglesia.

---

**TIRADA DE 1,000 EJEMPLARES.**

SU PRECIO TRES REALES.

*Cuyo producto integro destina el autor á nuestro valiente ejército de Africa.*

---

Con las licencias necesarias.

CÓRDOBA: IMP. Y LIT. DE D. FAUSTO GARCIA TENA,  
calle de la Libreria número 1.º—1859.

EN LA CORTE DE JUSTICIA DE CÁDIZ

FOR EL TRIBUNAL DE JUSTICIA

CELEBRADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ POR SU  
TRIBUNAL EN EL DIA QUINCE DEL MES DE ENERO DE  
LA LEY DEL REPARTIMIENTO Y REPARTIMIENTO SEÑOR DON  
ESCRIBANO DE CAMARA DE LA PROVEDORIA DE

*Es propiedad del autor.*

JUAN DE GARCIA Y MORALES

EL REPARTO

de

EL DOMINIO DE LAS TIERRAS Y ENCLAVES

de la villa de San Pedro de

TIRADA DE 1000 EJEMPLARES

EN EL AÑO DE 1850

que produce un gran beneficio de utilidad pública  
y de utilidad de la villa

Con las licencias necesarias

Don Juan de Garcia y Morales  
Escritor de Camara de la Provedoria de

*Humiliemus illi animas nostras, et humiliabit omnes gentes, quaecumque insurgent contra nos, et faciet illas sine honore Dominus Deus noster.*

JUDITH CAP. 8. V. 16 ET 20.

Humillémosle nuestro espíritu, y Él humillará todas las gentes que se levantan contra nosotros y las cubrirá de ignominia

Sagrado libro de Judit cap. 8. versículos 16 y 20

## EXCMO. É ILUSTRISIMO SEÑOR: SEÑOR EXCMO

Muy dignas Autoridades Civiles y Militares:

### CRISTIANOS:

Como unos 560 años antes de nuestra era reinaba en Babilonia Nabucodonosor, el hombre mas orgulloso de su poder que jamás hubo. Tanta fué su soberbia que dijo: «Seré Dios de la tierra: la conquistaré y toda la tierra me adorará.» Uno de sus generales era Holofernes; mas soberbio, si cabe, que su amo, y mas bárbaro, mas feroz. El rey le dijo: «vé y subyúgame toda la tierra: quiero ser Dios de la tierra.» y dijo Holofernes: «Serás Dios de la tierra: te adorará el mundo todo.» Dijo y marchó con un ejército formidable. Casi sin detenerse

avasalló muchos reinos de Asia: los mas por medio de embajadores le salian al encuentro y le decian: «no nos mates: somos esclavos tuyos: átanos con estas cadenas que nosotros mismos te presentamos.» Arde la sangre al ver tanta abyeccion, tanto envilecimiento. Por eso hubo en el mundo Nabucodonosores. De unas en otras conquistas llega Holofernes á la frontera de la Judea; y como no saliese á él ninguna diputacion á rendirle vasallaje antes de que sacara la espada, dijo airado á Achior, uno de sus Capitanes: «Achior ¿quien es ese pueblo vil que segun entiendo se prepara à resistirme?» Y Achior le contestó: ese pueblo es de origen Caldeo, altivo, independiente: cuando pelea invoca á su Dios, y siempre vence, y solo es vencido cuando se olvida de su Dios ó no confia en él: y con pocos y con malas armas derrotó á muchos: y no hubo quien se atreviera á insultar á ese pueblo sino cuando lo vió prevaricador, adorando ídolos y no á su Dios.» Dijo muchas mas cosas. Ahogándole la ira repuso Holofernes: «pues ahora verá ese pueblo quien es Holofernes, y su Dios no le valdrá.» Al momento sitió á Betulia, primera ciudad fronteriza.

Grande fué el terror de aquellos habitantes viéndose cercados por fuerzas tan imponentes. Confusos y aturdidos no sabian qué partido tomar, y tomaron el peor, como sucede siempre que hay miedo: resolvieron entregarse á discrecion. Entónces Judit, viuda de Manasés, muger hermosísima, de la conducta mas pura, que por sus virtudes gozaba de gran prestigio, llamó á los ancianos Chabré y Charmí y les dijo: «entiendo que habeis resuelto entregar la ciudad. ¿Qué es esto de entregarnos à los enemigos de Dios cobardemente, desconfiando de la misericordia del Señor? No será. Humillemos nuestras almas ante El, y sirviéndole con espíritu contrito, pidámosle que, así como nuestros enemigos se glorian en su soberbia, así nosotros nos gloriemos en nuestra humildad. Pidamos humildes, como lo hicieron nuestros padres, y El pondrá en nuestras manos esas gentes, y quedarán llenas de vergüenza y deshonra. Y vosotros que sois principales en Israel,

alentad los corazones con vuestras palabras, recordando que nuestros padres fueron invencibles cuando se convirtieron de veras al Señor, y vencidos cuando se olvidaron de El, y solo confiaron en su propia virtud.

La exhortacion de Judit y produjo un efecto admirable. Los Betulianos todos, y sus mugeres y sus hijos, clamaron al cielo, invocando á Dios con fervorosas preces: el resultado no se hizo esperar. La valerosa Judit, radiante de hermosura, atraviesa el campo enemigo sin que nadie la ofenda: llega: entra en la tienda del caudillo: le adormece en el sueño de lascivas esperanzas: córtale la cabeza con su propia espada, y à poco, súbitamente espantado el ejército sitiador con la muerte de su general, huye desavorido: los de Betulia lo persiguen, lo acuchillan, lo despedazan: el ejército babilonio ha desaparecido como el polvo que barre el huracan.

En este pasaje de la historia hebrea veo trazada nuestra línea de conducta, como fieles cristianos, en las actuales circunstancias que dan ocasion á la presente fiesta religiosa.

Y no es que Holofernes venga sobre nosotros. No es que Muza, y algun nuevo Tariff, hayan repetido el desastre del Guadalete, y vengan furiosos á reconquistar la ciudad de los Califas, cuyas antiguas llaves dicese que guardan los moros como reliquias para traernoslas algun dia en la punta de sus cimitarras.

No es que el pueblo español tiemble de miedo al ver principiada de nuevo, aunque bajo otro carácter, la antigua, la gloriosa lucha de 800 años con los musulmanes. Temblar España!... Temblar la nacion altiva que à tantas naciones hizo temblar!... Miedo en pechos españoles, donde no caben ni la bajeza ni el deshonor!

No es que nos hallemos en ninguna de esas situaciones apuradas en que algunos cristianos acuden á Dios, digámoslo así, como á la desesperada, cuando no hallan otro arbitrio.

Por nada de eso es por lo que os he referido la breve historia que oisteis. Y aun á muchos parecerá que no viene á

cuento, porque justamente hoy se hallan trocados los papeles entre los españoles de ahora y los moros de entonces. Cabalmente las hordas marroquies nos deben asustar poco en momentos en que nuestro denodado ejército les está haciendo pagar bien caras antiguas y recientes injurias. Cabalmente léjos de acobardar el ánimo de los españoles porque el vuelo está dado y no sabemos á donde y hasta donde llegará, el entusiasmo crece de dia en dia, y todos los corazones saltan de gozo al ver que, olvidadas nuestras rencillas interiores, no hay en toda España mas que españoles con un solo espíritu, una voluntad sola, un solo fin, una decision general y muy ardiente de sacrificarlo todo, hasta la vida, por el honor y la gloria de nuestras armas. Todo esto es cierto: lo reconozco con tanto placer como el que mas; y si yo pudiera hacer llegar mi débil voz al régio alcázar de nuestra piadosa Reina, á los palacios de sus consejeros y ministros, á todo nuestro ejército, á las ciudades y á las aldeas, y hasta los últimos rincones de la Nacion, gritaria con toda la efusion de mi alma: «prez y loa inmortal á la augusta y magnánima nieta de cien Reyes y á su Gobierno supremo: prez y honor perdurable al episcopado, al clero, á la milicia, á la magistratura, á las diputaciones y ayuntamientos, á las corporaciones todas, á todas las clases y á todo el pueblo español, siempre digno, siempre amante de su honra, grande siempre y generoso, noble y altivo siempre.» ¿Pues qué, señores, se hallará uno, tan solo uno, que corriendo por sus venas sangre limpia española, no participe de ese universal entusiasmo? Pero es que en ese mismo entusiasmo veo nuestro mayor peligro. No os admireis: esa es la verdad. Porque si ese entusiasmo fuese meramente humano y en él no entrara por nada el sentimiento religioso; si ese entusiasmo no lo regulan y lo guian las santas máximas de la Religion: si prescindimos de Dios y fiando solamente en el denuedo de nuestras tropas y en la pericia notoria de sus Generales, contamos nuestros cañones y nuestros regimientos, y nuestros escuadrones, y nuestras naves, y nuestros apres-

los militares, y todos nuestros recursos humanos puramente, entónces, sabedlo, Señores, no temo decirlo; sabed que comprometemos el éxito de la empresa, justa y todo como es; porque puede sucedernos lo que decia Judit à los ancianos de Betulia: Acordaos que nuestros padres fueron vencidos cuando confiaron solo en si mismos y no recibieron las tentaciones con temor del Señor. *Illi autem qui tentationes non susceperunt cum timore Domini exterminati sunt ab exterminatore.* Por esto es por lo que, recordando las exhortaciones de Judit, os he dicho: Humillemos nuestro espíritu ante Dios, y El humillará nuestros enemigos. *Humiliemus, etc.*

Si ahora me preguntais qué manera de humillacion nos hará propicio à Dios, diré: nutriendo en nuestros corazones los sentimientos cristianos que la Religion inspira sobre la guerra, sea esta por el motivo justo que sea, y contra quien quiera que sea; estando animados de estos dos sentimientos principales: un sentimiento de humilde confianza en Dios: un sentimiento de justicia y equidad. Yo os explicaré como mejor pueda esos sentimientos; y si por esta vez llego á estenderme mas de lo ordinario, es porque me atrevo á contar con vuestra indulgencia: la materia lo exige de suyo tambien.—Pidamos ahora al Señor su gracia por la intercesion de la Inmaculada Patrona de España y de sus egércitos, Madre de Dios y Señora Nuestra.

### AVE MARIA.

**Humillemonos ante Dios**, decía Judit á los ancianos de Betulia. Aquí tenemos el principal sentimiento de que hoy debemos estar animados: sentimiento de humildad y confianza.

La soberbia, dice Santo Tomás, es el amor desordenado de la propia escelencia; y la humildad el justo convencimiento que debemos tener de nuestra pequeñez, la idea de nuestra debilidad é impotencia para todo. El humilde reduce siempre al término justo la idea de lo que vale y de lo que puede, y eleva constantemente su espíritu á Dios, supremo origen de todo lo bueno que haya en nosotros. El soberbio, al contrario, tiene la vista de aumento cuando se mira á sí mismo, que es siempre y en todo, y cuanto mas se complace en sí mismo mas se aparta de Dios, hasta que lo olvida, y eso es bien pronto.

Bien examinada la soberbia en todas sus fases no es mas ni menos que una idolatría: idolatría de la escelencia propia; idolatría de dominacion; idolatría de la carne, la mas abominable de todas; idolatría de fortuna; idolatría de fama; idolatría de placeres... cien otras. Penetrad en el fondo de todas las soberbias, allí una idolatría, pecado que Dios castiga sin misericordia. El profeta Habacuc dijo: «Decretó Dios humillar todo monte soberbio.» Ley providencial que se viene cumpliendo indefectiblemente desde el principio del mundo; regla que no ha faltado una vez siquiera: no faltará.

Desde que el ángel soberbio dijo en el cielo, *ascendam: quiero ser Dios*, hasta nosotros, todo el que ha dicho *ascendam*, sea individuo, sea pueblo, sea imperio, ha sido berido, humillado, porque ese *ascendam* es la rebeldía contra Dios, el olvido de

Dios, la idolatría de sí mismo. Adam dijo: «seré como Dios» inmediatamente el castigo, su ruina y la de su descendencia. Las razas antidiluvianas se olvidaron de Dios y dijeron: «sea nuestro Dios la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida,» en pos la ruina, el diluvio universal. Las nuevas razas soberbias como los titanes alzan monte sobre monte; *subamos al cielo*; abajo al momento, confusion, dispersion. Nacen los primeros imperios, la guerra los engrandece, la guerra los hace soberbios, la guerra los devora. En Pharaon, en Asfaxard, en Nabuco, en Baltasar, en los Darios, en los Artaxerxes y los Alejandros se refleja toda la soberbia antigua; la misma soberbia los destruyó.

Tiempos mas cercanos. La república romana llegó á oprimir al mundo como un gigante con brazos de hierro. Bien. A este soberbio Goliat lo encadenaron primero los Cé-sares, y despues los bárbaros del Norte lo derribaron á ha-chazos y lo despedazaron. Con sus restos se fundaron los nue-vos reinos de Europa, y en todos ellos se viene cumplien-do literalmente la inflexible profecía de Habacuc. Decretó Dios humillar todo monte soberbio. Sí: la inflexible ley de *muera* todo el que se hace idólatra de sí mismo, de su poderío, de dominio universal para oprimir, para enseñorearse de otro y hacerse Dios. Sería cosa fácil amontonar citas en confirma-cion de esta verdad, sobre hechos de la historia moderna y contemporánea. Valga por todos uno solo de nuestra his-toria nacional.

La España de Witiza y de Ro ligo se convirtió en una na-cion adúltera y prevaricadora, soberbia con todas las soberbias, é idólatra con todo linaje de idolatria; y de cristiana que era se hizo en todo, menos en su culto público, pagana. Y qué sucedió? Los sectarios de Mahoma suscitados por el espíritu de Dios, como ejecutores soberbios de sus venganzas, cayeron sobre ella, la rindieron, la despedazaron, la hicieron servir cautiva y humillada. ¿Y despues? ¡Ah! despues se necesita-ron ocho siglos de combates y victorias para remediar aque-lla gran desgracia; y ha de notarse que esa obra de jigan-

tes, la reconquista, no se llevó á cabo por la soberbia sino por la humildad.

Para algunos será esto inconcebible; y es que no se tienen ideas exactas de la humildad cristiana. Se figuran muchos que la humildad, virtud grande y rara, como dice S. Bernardo, es ese apocamiento de espíritu que encoge el corazón y empequeñece todo nuestro ser, tornándonos bajos, abyectos y hasta sin conciencia de nuestra dignidad de hombres. Por consiguiente creen que el cristiano humilde es incapaz de sentimientos nobles y levantados, incapaz de todo esfuerzo generoso, nulo para toda empresa que requiera cierto vigor, cierto temple de alma. Esto es un error. No entra en mi plan detenerme á patentizar cuan torpe y necio es ese absurdo. A los que así piensen me contento con decirles: ni sabeis los rudimentos de la doctrina cristiana, ni conoceis la historia. Todos los hombres verdaderamente grandes fueron humildes. La prueba. Hechos, que son argumentos sin réplica: se agolpan á mi memoria infinitos; déjolos todos para ocuparme solo de la reconquista contra los moros.

¿Quiénes son los héroes en esa série gloriosa de triunfos que empieza en Covadonga y acaba en las vegas de Granada y Santa Fé? Reyes y caudillos muy humildes, y de una grandeza de alma muy grande. Reyes y caudillos muy piadosos, que todo lo esperaban de la virtud del Altísimo, y no fiaban exclusivamente en la fuerza de sus lanzas. Reyes, caudillos y españoles ilustres que con solo un puñado de valientes arrollaron en mil ocasiones las huestes musulmanas, llenos de fé valerosa y humilde á un tiempo; de esa fé que es capaz de hundir los montes, y á todo se atreve, y lo puede todo en Dios que la conforta. Reyes, caudillos y adalides esforzados, que en el sentimiento humilde de su impotencia y de su debilidad, oraban con fé, y en la oracion adquirian un temple vigoroso é irresistible. Reyes, caudillos y Freires; aquellos caballeros, modelos de hidalguia y entereza española, que con la fé en el corazón, la cruz, simbolo de humildad, en sus mantos, y el lema *Dios y Pa-*

tría en sus banderas, formaban aquella milicia cristiana tan temida de los moros. Reyes, caudillos y aquellos tercios de soldados infatigables, cuyo grito de guerra *Santiago y á ellos* era la espresion ardiente de su confianza humilde y de su valor. ¿Quiénes fueron aquellos Reyes, aquellos caudillos, aquellos bravos, que pelearon como buenos y se portaron como héroes? Los Alfonsos, los Ramiros, los Ordoños, los Fernandos: un Sancho IV el Batallador: un Alfonso VIII, el de las Navas: un Fernando III el Santo. Miradle: mirad una de sus banderas: mirad ese pendon conservado en esta Sta. Iglesia desde 600 y mas años, como un recuerdo vivo y permanente de nuestras antiguas glorias. No creais que está en ese sitio como trofeo de guerra, haciendo un orgulloso alarde de gloria militar: él mismo está demostrando su objeto: miradlo bien; mirad la imágen del Santo Rey ante la Madre de Dios en actitud de invocar su auxilio. Ahí teneis la prueba patente de la humilde piedad del Santo Conquistador de Córdoba y Sevilla. Asi fueron los demas.

Quién son aquellos caudillos? Un Garci Perez de Vargas, Gutierre de Padilla, Iñigo Mendoza, Diego Lopez de Haro, Moncada, Portocarrero, Bazan y tantos ilustres Cordobeses que no pueden contarse: Gutierre de Sotomayor, Alonso de Aguilar, Diego Fernandez, alcaide de los donceles, Gondomar, y un Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuyo solo apellido es ya un titulo de nobleza.

No, Señores, no es la humildad cristiana la que abate el vuelo del espiritu, ni empequeñece el corazon, ni retrae de las empresas mas nobles. ¿Qué hay en el mundo que pueda intimidar al humilde? ¿Qué podrá parecer imposible al que está acostumbrado á poner su confianza en el que lo puede todo? *Nihil arduum est humilibus*. Dice S. Leon. Nada es árduo para los humildes. ¿Tuvo nada por imposible aquella Reina humilde y fuerte, piadosa y de un aliento varonil, Isabel la Grande, Isabel la Católica? ¿Quién acabó la empresa gloriosa de la restauracion de la Monarquía? Isabel de Castilla y Fernando de Aragon al frente de aquellos

esforzados campeones, elegidos por Dios, porque confiaban en él, para quebrantar, para humillar y desalojar de su última trinchera las turbas del Islamismo, y estrellándolas sobre las rocas de Berberia, allí mismo de donde salieron, dejarlas para siempre cubiertas de baldon y de ignominia.

Oh, Señor Dios de los ejércitos! En ti confiaron nuestros padres y no fueron confundidos!

Ni nosotros lo seremos: no se gloriarán los marroquíes en su soberbia; porque humillándonos nosotros ante Dios, y esperando en El según nos enseñaron nuestros padres, seremos glorificados en nuestra humildad. Confiemos.

Y esto no quiere decir que nos crucemos de brazos y abandonados á una confianza estúpida y fatalista pretendamos que Dios lo haga todo: esa no es la confianza cristiana; esa no es la humildad cristiana. Nuestra Santa Religión nos dice que empleemos todos los medios humanos; pero subordinados á la voluntad divina y apoyados en la esperanza de su auxilio. Por eso, no obstante que confiemos en Dios, debemos contribuir todos, todos sin escepcion, á proporcionar recursos al Gobierno, con largueza, con una generosidad sin límites. No insisto en este punto; el espectáculo que todo el pueblo español presenta hoy al mundo es magnífico y superior á todos los elogios. Con tan heroica y generosa decision, y confiando en la proteccion del Altísimo, el éxito de nuestra empresa será brillante y glorioso.

Lo será, sin remedio para vosotros, fanáticos hijos del profeta. Ya habeis empezado á ver y continuareis viendo que á España no se la insulta impunemente. Se os han olvidado las terribles lecciones que á vuestros padres dieron nuestros padres? pues recibireis de dos hijos otras mucho mas duras. Si, ya veis que no os vale acercaros á nuestro campo como las panteras del desierto con el pecho cosido al suelo, olfateando y sedientos de nuestra sangre: os acercáis como reptiles; pero el leon español que se ha levantado y sacude su melena, dejará caer sobre vosotros su garra, y con la altivé del fuerte os hará dos mil pedazos. En vano os guarecereis en las espesuras de los bosques; en

vano os encastillareis en las crestas de los montes; aunque subais á los picachos donde hacen su nido las águilas, hasta allí os han de seguir nuestros intrépidos cazadores; allí os ha de alcanzar el plomo de sus carabinas, y rodareis despeñados, como leopardos heridos en el corazon.

Pero, Señores: aunque nos podamos lisongear con estas esperanzas, nuestros deseos no deben ser inhumanos y sanguinarios. Nuestros sentimientos han de ajustarse á las severas reglas de la justicia, de la equidad, de la moderacion y caridad cristiana, por otra parte tan conformes al noble carácter español. Oidme con paciencia un rato mas: procuraré acelerar el paso.

Hay en el corazon humano cierto gérmen de fiera, que, si la Religion, la moral y la educacion no lo sofocan, se desarrolla poco á poco y convierte al hombre en un monstruo, en un tigre sangriento. Este es un hecho reconocido y universal. No voy á disertar filosóficamente sobre él, ni á demostrarlo. Es un hecho confirmado por la sencilla observacion de lo que han sido todos los pueblos incultos del mundo, ó cultos, con una civilizacion bárbara ó no cristiana: ahí estan todos los pueblos salvages de América, de Asia, de la Oceania y de Africa, incluso los moros que estan á dos pasos de nosotros. La causa de nacer el hombre con entrañas de fiera no tiene mas que una esplicacion, y la da la Religion; es el pecado, la caida original. Los filósofos dicen otra cosa. Dios los ilumine. Esa fiera innata del hombre se despliega con mayor vehemencia que nunca en las guerras. El odio de un enemigo á otro enemigo crece por instantes, y si el sentimiento religioso no lo temple y lo dirige, se convierte muy luego en un furor insano, ciego, brutal. Aun los mismos que estan retirados de la escena sangrienta y no les enardece la horrenda algazara de los combates, se inflaman por grados, y para sus deseos nunca es bastante alta la cifra de enemigos muertos y heridos: cada

dia quieren mas, mas sangre, mas carniceria, mas horrores: adelante, dicen, adelante, nuestros valientes; no quede nada con vida delante de ellos; que lo lleven todo al barrer, que lo abrasen todo como un rio de fuego. Esto es lo que pasa, esto es exactísimo. Pero aqui de la Religion. ¿Son tales sus doctrinas y sus máximas? De ninguna manera.

La Religion no solo reprueba esa saña feroz y destructora en los combatientes, sino hasta el deseo de semejantes atrocidades: quiere el triunfo de los que pelean por una buena causa; pero no aspira á la matanza, á la devastacion, á la total ruina del pais enemigo: alienta á los defensores de la justicia, de la independenciam, del honor, de la familia, de la propiedad y de todos los intereses legitimos; pero recomienda que no se traspasen los limites de lo justo, de lo estrictamente necesario para tener á raya é imponer respeto á un enemigo insolente, y para obligarle á guardar inviolablemente la fé de los tratados. Lo demas seria inicuo, anti-cristiano, cruel y bárbaro: eso seria convertirse en vándalos y caribes: eso fuera en la guerra actual con los moros convertirnos en instrumentos soberbios de destruccion, para que á nuestra vez Dios nos destruyera como ha destruido siempre á todos los agentes é instrumentos soberbios de sus venganzas. Nuestro ejército no está en Africa para hacer una guerra de esterminio, y no la hará. Generales, gefes y soldados son cristianos, son españoles; como cumple á españoles y cristianos obrarán. Castigo y muerte al feroz mahometano que no se rinda; brazo de caridad para el vencido. Escarmentado el marroquí tanto como es necesario para su humillacion, no querramos ir mas allá: obtenida la justa reparacion de nuestros agravios, concluya la guerra con todo el fúnebre séquito de males inevitables que la acompañan; males inevitables que alcanzan aun á los vencedores mismos. Conclúyase pronto la guerra y venga la paz: no la paz de la ignominia obtenida ú otorgada con estipulaciones degradantes; no esa paz;

porque si para ella se ha de sacrificar el honor, es cien veces mejor morir en la guerra que vivir deshonrados: que de ileso nuestro honor y venga la paz.

Somos cristianos, somos hijos de una Religión de paz, formada bajo los auspicios de la paz, y encaminada á reunir á todos los hombres en el seno de la paz. Esta Religión divina nos enseña que por justa y legítima que sea una guerra siempre es un azote de la justicia divina. Y por eso la Iglesia santa llama á los fieles al pié de los altares; no precisamente y solo para que pidan á Dios por la victoria contra sus enemigos, sino para solicitar de su misericordia el pronto término de ese azote; y la misma Iglesia santa nos dice que el medio mas eficaz de que nuestras preces sean oídas, es que al mismo tiempo aplaquemos al Señor, mejorando nuestra vida, entrando cada cual en la línea de sus deberes, y sirviendo al Señor en santidad y justicia.

Hagámoslo así todos, mis amados oyentes: no deseemos, no pidamos que mueran moros á millares, sino que los venzamos pronto, y cese pronto la efusion de sangre: sí, porque esa sangre que corre es tambien sangre nuestra, cuya pérdida hace verter lágrimas sin consuelo á mil familias españolas.

Tales y no otros deben ser nuestros sentimientos: sentimiento de humilde confianza en Dios para vencer con su auxilio: sentimiento de justicia, de equidad, de moderacion, de caridad, y un vivísimo anhelo de paz y tranquilidad universal. Siendo así no dudeis que se cumplirá en nosotros el pronóstico de Judit á sus compatriotas. *Humiliemus, etc.*

---

Dios fuerte, Dios de los ejércitos, en tí solo confiamos, en tí que humillas las gentes y das la victoria. Concédenos otro beneficio, Padre clementísimo. Concede á nuestra Soberana un feliz alumbramiento, para que multiplicándose en su régia descendencia y trasmitiéndola su religiosa piedad, sea respetado siempre el trono español, y bri-

lle perpétuamente con las heróicas virtudes de los Alfonsos, de los Fernandos y de las Isabeles.

Virgen Santísima, tú despues de Dios eres tambien esperanza nuestra: oye benigna nuestras súplicas.

Rafael Arcángel, medicina de Dios y nuestro especial custodio, vuela, vuela á las playas africanas; defiende á nuestros valientes con tu escudo, y sana todos sus dolores.

Adorables Reliquias, que sois para nosotros un tesoro de inapreciable riqueza; huesos áridos que esperais en esa arca el divino soplo que os revivirá en el último dia; plegue á Dios que los Mártires que os animaron le ruegen por nosotros, para que juntos á ellos cantemos todos victorias en el inmortal reposo de la bienaventurada eternidad.

AMEN.